

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (Mt 5, 7)

Antes de centrarme en la bienaventuranza de los misericordiosos, he creído oportuno hacer algunas observaciones. San Lucas, «el evangelista de la misericordia», a diferencia de san Mateo, no formula de forma explícita esta bienaventuranza; pero después de presentar las bienaventuranzas y el imperativo de amar a los enemigos: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos», (6, 35) Jesús pide a cuantos quieran «ser hijos del Altísimo»:

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros». (Lc 6, 36-38)

Puede decirse que el contenido de la bienaventuranza es presentado por Lucas como un imperativo filial para los discípulos del reino de Dios. Traza así el perfil auténtico de los misericordiosos como auténticos imitadores del Padre. Lo mismo explicita san Mateo en el Sermón del Monte bajo la perspectiva de la perfección filial del amor. Tras urgir a los discípulos del reino de Dios a vivir una justicia mayor que la de los escribas, fariseos y gentiles, Jesús precisa: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». (Mt 5, 20-48) La misericordia, la propia de Dios, es bienaventuranza e imperativo a un tiempo. Nada que ver con las ideologías del buenísimo.

Una segunda observación. Dios, como recuerda el segundo relato de la creación, plantó un jardín en Edén, hacia Oriente, y colocó en él al hombre que «había modelado» del polvo del suelo y en el que «insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo». El ser humano, por tanto, recibe la vida y el jardín que Dios le había preparado. Dios lo bendice y le encomienda cuidar de la creación. El amor divino confiere al hombre vocación y misión. Pero éste, engañado por la serpiente, sucumbe al poder del pecado. Dios no le retira su vocación y misión, pero está obligado a vivir tanto su vocación como su misión fuera del jardín. Y, por otra parte, en la sentencia de Dios contra la serpiente, la puerta de la esperanza estaba ya abierta. El amor se revela, a un tiempo, como justicia y misericordia.

El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón». (Gen 3, 14-15)

En la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para darnos la posibilidad de vencer el poder del pecado. Así lo celebra la Iglesia católica el día de la Inmaculada. Ahora bien la victoria de la misericordia divina, del amor misericordioso de Dios, en modo alguno dispensa a la humanidad de avanzar, ahora de forma dolorosa, de acuerdo con el plan que Dios Padre creador estableció.

Los pobres, los mansos, los afligidos, los hambrientos y sedientos de justicia y los misericordiosos encuentran su paradigma en el Unigénito, enviado por el Padre en una carne semejante a la del pecado. Él es la puerta y el camino hacia la vida eterna. Jesús, el buen pastor, nos sigue diciendo:

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas (Jn 10, 9-11)

El Hijo fue enviado por el Padre, para abrirnos la senda de la salvación; pero no exime al ser humano de llevar a cabo, con libertad y responsabilidad, su vocación y misión. La fe en él nos da la posibilidad de vivir como hijos. Él es el Salvador. Él es el camino, para andar en la verdad que libera y da acceso a la vida eterna. Él es la encarnación filial del amor misericordioso, que estamos llamados a vivir si queremos alcanzar misericordia. El que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Él nos libera para la libertad, pues la libertad es nuestra vocación; y para llevarla a cabo nos da el Espíritu por el camino de la obediencia filial.

En consecuencia, Jesús de Nazaret, si estoy en lo justo, no fue enviado para solucionar los problemas de la humanidad, llamada a recibir el don de la tierra, cuidar de ella y cultivarla, sino para darnos la posibilidad de llevar a cabo nuestra vocación y misión en el mundo como hijos del Padre misericordioso, como personas filiales y fraternas. Dios modeló al hombre del polvo de la tierra, lo hizo un ser viviente y le mandó cultivar su creación.

Después de estas pequeñas observaciones, tratemos ahora de concretar un poco el sentido de la bienaventuranza de los misericordiosos.

I.- EL MISERICORDIOSO Y LOS MISERICORDIOSOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La fe de Israel confiesa al Dios creador como el Dios salvador de la alianza. Un Dios *justo, fiel y misericordioso*, que por amor se apegó a Israel por amor, siendo como era un pueblo insignificante y de dura cerviz (cf. Dt 7, 6-8). En el momento de la ratificación de la alianza, Moisés pronuncia el nombre del Señor y éste se revela, se auto-proclama, como el Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y fidelidad:

El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: «Señor, Señor, *Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, que mantiene la clemencia hasta la milésima generación, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no los deja impunes y castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación*». Moisés al momento se inclinó y se postró en

tierra. Y le dijo: «Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque es un pueblo de dura cerviz; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya». (Ex 34, 5-9)

Cada página de la historia del pueblo de las alianzas está como entretejida por la justicia y la misericordia del Dios fiel y salvador. La santidad de Dios se da a conocer en sus entrañas de misericordia. El profeta Oseas lo expresa de forma maravillosa:

Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto pero el ídolo no puede salvarlos. ¿Cómo podría abandonararte, Efraín, entregarte, Israel? ¿Podría entregarte, como a Admá, tratarte como a Seboyín? Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas. No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros, y no me dejo llevar por la ira. (Os 11, 7-9)

Ante la imposibilidad en esta meditación de recorrer las diferentes páginas de la historia de Israel, marcadas todas ellas por el amor, la justicia, la misericordia y fidelidad del Dios de la alianza, me limitaré a evocar el cántico de María, la representante de los anawim, y de Zacarías que profetizó en el Espíritu Santo. Estos cánticos, con los que oramos mañana y tarde en la Iglesia, condesan de forma admirable la oración del salmista. El evangelista Lucas recoge así de forma admirable el concepto de la *HESED* del Antiguo Testamento en su significado original del Dios *fiel, clemente y compasivo*. Para ello basta que coloquemos en paralelo el texto del Magníficat y del Benedictus con los salmos evocados.

<p>Porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. (Lc 1, 49-50)</p>	<p>Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre, para aquellos que lo temen; su justicia pasa de hijos a nietos: para los que guardan la alianza y recitan y cumplen sus mandatos. (Sal 103, 17-18)</p>
<p>Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre (vv. 54-55)</p>	<p>El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. (Sal 98, 2-3) De día el Señor me hará misericordia, de noche cantaré la alabanza, la oración al Dios de mi vida. (41, 9)</p>
<p>Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días (vv. 71-74)</p>	<p>El Señor es nuestro Dios, él gobierna toda la tierra. Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. (Sal 105, 8-9)</p>
<p>Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,</p>	<p>¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la</p>

<p>nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz». (vv.78-79)</p>	<p>gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora. (Is 60, 1-3)</p>
--	---

La misericordia de Dios es fuente de alegría para el pueblo. Así lo pone de relieve el evangelista: «A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y se alegraban con ella». (Lc 1, 57-58) La misericordia es la expresión de la justicia y del amor fiel y omnipotente de Dios. Y esto acontece de modo singularmente luminoso en el misterio de la encarnación del Hijo por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

En el salmo 23 (22) el orante canta: «El Señor es mi pastor, nada me falta...» y concluye. «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término». En el salmo 102 (101) Israel suplica, con sencillez y libertad: «Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti... Levántate y ten misericordia de Sión, que ya es hora y tiempo de misericordia». (v. 1 y 14) En otros salmos el pueblo de la alianza pide justicia o paz. El Mesías aportará justicia a los pobres, paz y conocimiento de Dios.

Si el pueblo pobre y humilde, como Israel se ve al compararse con las grandes potencias de este mundo, goza de la misericordia y bondad del Dios de la alianza, debe, por tanto, ejercer esa misma misericordia con relación a los pobres, viudas, huérfanos y extranjeros, que habitan en él. La compasión y misericordia con los desvalidos se convierte así en una cuestión de justicia. Puesto que el «Dios justo» se ha revelado misericordioso con el pueblo pobre y de dura cerviz, su justicia obliga a ser compasivo y misericordioso con los indigentes y necesitados. Los LXX traducen, traducen el término hebreo *S^oDAQA* (justicia) con términos como *ELEEMOSYNE* (COMPASIÓN, BENFICIENCIA, LIMOSNA) *ELEEMON* (MISERICORDIOSO, COMPASIVO). La justicia y la clemencia de Dios son indisociables.

La bondad de Dios (*HESED*) exige de los miembros del pueblo de la alianza ser misericordioso con los necesitados. Para el profeta Oseas conocer a Dios y ser misericordioso es indisociable. «Vamos, volvamos al Señor... Procuremos conocer al Señor... Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos. Mas ellos, cual Adán, trasgredieron la alianza, así me fueron infieles». (Os 6, 1-7) La justicia de Dios no puede separarse de la compasión y justicia con los pobres y oprimidos, como recuerda el texto del profeta Isaías que releemos todos los años en el tiempo de Cuaresma. (cf. Is 49, 6-12)

En una palabra, la práctica de la justicia, la bondad con el prójimo y la humildad con Dios, es lo que agrada a Dios; y no los sacrificios. «Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humildemente con tu Dios». (Miq 6, 8)

II.- LAS ENTRAÑAS COMPASIVAS DEL HIJO

Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció entrañablemente de ella (MISERTUS EST), porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas. (Mc 6, 34; Mt 14, 14;)

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas (se le enternecieron las entrañas, MISERTUS EST), porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies». (Mt 9, 35-38)

Jesús sentía compasión por la gente (Mt 15, 32), por las muchedumbres, revelándose así como el verdadero pastor mesiánico. Sus entrañas eran la manifestación de las entrañas del Dios de los profetas, tal como acabamos de ver en Oseas: «Mi corazón está turbado, se conmueven mis entrañas». Subrayemos que se trata de un pueblo con querencia de apostasía, de un pueblo abandonado y desorientado por los pastores. No nos quedemos, como sucede en ocasiones, en las gentes faltas del pan material. Jesús vino a buscar, ante todo, lo que estaba perdido. Él hace presente en la historia las entrañas misericordiosas del Padre.

Fue ungido y enviado a evangelizar a los pobres, a llamar a los pecadores. Cuando le acusaban de compartir la mesa de los pecadores, Jesús respondió: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino pecadores». (Mc 3, 17) «Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido». (Lc 19, 10) Jesús narra la parábola del Padre y de los dos hijos, para responder a la acusación de los fariseos y escribas (cf. Lc 15, 1ss). Estos no le acusaban de atender a los pobres materiales, sino de «confraternizar» con los pecadores, comiendo y bebiendo con ellos. Los evangelistas no se limitan al lenguaje propio de los sociólogos, esto es, a la oposición pobres y ricos, sino que hablan también de justos y pecadores, de publicanos y prostitutas, de samaritanos, de niños... etc. Jesús, el buen Pastor, va detrás de las ovejas descarriadas, para reconducirlas hacia el Padre. Es el buen Pastor para todos. Su corazón está abierto a todos.

Las entrañas de Jesús se conmovían ante el sufrimiento de las muchedumbres y personas. Al ver llorar a la viuda de Naín por la muerte de hijo único, «se compadeció de ella y le dijo: “No llores”» (Lc 7, 13) El ciego de Jericó, al oír que pasaba Jesús, gritaba con insistencia, sin dejarse intimidar por la muchedumbre: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». (Mc 10, 47.48 cf. Mt 20, 30-31) Así lo hizo también la mujer cananea que «se puso a gritarle: Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo». (Mt 15, 22) La suplica del padre del lunático es igualmente significativa: «Señor, ten compasión de mi hijo que es lunático y sufre mucho». (Mt 17, 15) Las entrañas de Jesús se conmueven y dan respuesta al grito de los necesitados de curación y perdón; pero sin dejar de interrogar e invitar a la conversión a unos y otros. El anuncio del reino de Dios postula siempre conversión y fe.

En una palabra, Jesús, con palabras y obras, proclama «el evangelio de la misericordia entrañable de Dios», tal como lo había anunciado el Espíritu Santo por boca de Zacarías. Lucas,

a lo largo de su evangelio, lo pone de relieve a través de múltiples parábolas. Jesús, movido por la misericordia instruía y curaba toda dolencia, invitando a la conversión. Él intercede para que se nos dé, como a la higuera, una nueva oportunidad.

Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?”. Pero el viñador respondió: “Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”». (Lc 13, 6-9)

Además de los evangelios, los otros escritos apostólicos no cesan de proclamar cómo en Jesús se ha revelado «el Padre de las misericordias». «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo...!» (2Cor 1, 3) En continuidad con el Antiguo Testamento, Santiago afirma: «El Señor es compasivo y misericordioso» (Sant 5, 11) Las afirmaciones apostólicas, se enraízan en la propia experiencia. Por la misericordia del Señor Pablo es apóstol, permanece fiel y es un signo para los demás:

Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobrepasó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (1Tim 1, 12-17; cf. 2Cor 4, 1; 1Cor 7, 25)

A partir de su experiencia y de su penetración a la luz de la Pascua en las Escrituras, Pablo anima a todos a acoger la misericordia de Dios. El saludo de las cartas a Timoteo concluye: «gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro». Para el apóstol, la misericordia de Dios alcanza a gentiles y judíos, aun cuando a través de una historia dramática. He aquí como concluía la parte más doctrinal de su carta a los Romanos.

Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no os engridis: el endurecimiento de una parte de Israel ha sucedido hasta que llegue a entrar la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo, como está escrito: Llegará de Sión el Libertador; alejará los crímenes de Jacob; y esta será la alianza que haré con ellos cuando perdone sus pecados. Según el Evangelio, son enemigos y ello ha revertido en beneficio vuestro; pero según la elección, son objeto de amor en atención a los padres, pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables. En efecto, así como vosotros, en otro tiempo, desobedecisteis a Dios, pero ahora habéis obtenido misericordia por la desobediencia de ellos, así también estos han desobedecido ahora con ocasión de la misericordia que se os ha otorgado a vosotros, para que también ellos alcancen ahora misericordia. Pues Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.

¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció la mente del Señor? O

¿quién fue su consejero? O ¿quién le ha dado primero para tener derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él existe todo. A él la gloria por los siglos. Amén. (Rom 11, 25-36)

La carta a los Hebreos, presentando a Jesús como «sumo sacerdote misericordioso y fiel» evoca el camino de la misericordia que supera todo lo que la humanidad podía pensar e imaginar. Su compasión le llevó a hacerse en todo semejante a nosotros menos en el pecado. La misericordia divina alcanza su máxima expresión salvífica en el sacrificio del Hijo.

Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados. (Hb 2, 17-18)

Esta afirmación nos introduce en la hondura de la paradoja divina. En efecto, Dios, por el profeta, nos había dicho: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos». Ahora el Hijo, enviado en la carne, se ofrece para expiar los pecados del pueblo. ¡Qué importante para vivir a fondo nuestro carisma sacerdotal! En la cruz, Jesús pide al Padre perdón por los que le ejecutan. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». (Lc 23, 34) Desde el inicio de su vida se había conducido de acuerdo con la oración del salmista:

Primero dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias, que se ofrecen según la ley. Después añade: He aquí que vengo para hacer tu voluntad. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre. (Hb 10, 8-10)

El sacerdocio de Jesucristo, en efecto, acontece en el hecho de ofrecerse en el Espíritu eterno (cf. Hb 9, 14) como víctima de expiación por nuestros pecados. Estamos en el misterio del amor insondable de nuestro Dios, manantial de su entrañable misericordia. Esta no se reduce a un simple perdón, pues se revela y consume en la Pascua luminosa del Hijo y en el don del Espíritu Santo. Su misericordia alcanza a la humanidad entera. Es el Salvador de todos. Misión de la Iglesia es ofrecer esta misericordia a cuantos andan como ovejas sin pastor.

III.- FUERZA DE LA MISERICORDIA¹ Y TRANSFIGURACIÓN DEL MUNDO

Quien hace la experiencia de la misericordia divina, de su ternura y fidelidad, vivirá gozoso, agradecido y confiado en medio de turbulencias propias de la existencia, de la misión y de la misma vida evangélica. Así lo atestigua la experiencia de los anawim, de los pobres del Señor.

¹ Misericordia, compasión y perdón se suelen usar como sinónimos, pero conviene tener en cuenta sus matices. En la misericordia confluyen la compasión y la fidelidad. Con el término RAHAMIM se pone de relieve la compasión propias de las entrañas maternas, así como el corazón paterno (Sal 103, 13; Jer 31, 20) o fraterno, que se traduce de inmediato en actos y en perdón. Con el término HÈSÈD, traducido de ordinario por ELEOS, misericordia, significa la piedad, esto es, la relación que une dos seres e implica la fidelidad. Además de ser una bondad consciente y querida, la misericordia incluye la fidelidad a uno mismo. San Pablo da buena cuenta de ello cuando afirma: «Si somos infieles, él (el Señor) permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo». (2Tim 2, 13) Por ello las traducciones utilizan una constelación de sinónimos: misericordia, amor, ternura, piedad, compasión, clemencia, bondad, gracia (HÉN).

Partícipes «de la entrañable misericordia de nuestro Dios», como cantamos por la mañana en el Benedictus, estamos llamados a servirle «con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días». Con la fuerza del amor fiel y misericordioso del Señor, estamos llamados a transformar el mundo desde dentro. La oración de san Francisco de Asís, aunque no use explícitamente el término misericordia ofrece el camino a seguir:

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.

La fuerza de los misericordiosos es la propia del agapé, del amor o caridad divina. Amor que se reveló en la creación y a lo largo de la historia de la salvación, alcanzando su cima al resucitar a Jesús como primicia de entre los muertos. El apóstol, en la carta a los Efesios, no cesa de dar gracias a Dios por «la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo». (Ef 1, 15-22)

1.- La misericordia, pilar de la vida fraterna y comunitaria

El capítulo dieciocho del evangelio según san Mateo trata de la comunidad del reino de Dios. Jesús comienza diciendo que es preciso hacerse pequeño, como un niño, para ser grande en el reino de los cielos. Luego habla de la gravedad de escandalizar a uno de los pequeños que creen en él. A continuación narra cómo el pastor sale en busca de la oveja perdida, pues el Padre que está en los cielos no quiere que se pierda ninguno de ellos. Por último el Señor nos dice cómo ha de ser vivida la corrección fraterna y el perdón en la comunidad, sabiendo que el Señor está en medio de los que se reúnen en su nombre.

Al escuchar la novedad de las palabras de Jesús, Pedro pregunta: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» Todos conocemos la respuesta del Maestro: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».

A continuación Jesús añade: «Por esto se parece el reino de los cielos...», y cuenta la parábola del perdón y la misericordia del rey que ajusta la cuentas con sus criados. El rey perdona al siervo incapaz de pagar la deuda; pero el siervo no perdona la insignificante deuda del consero. Y esto provoca la reacción de los demás siervos y la reacción airada del rey. La parábola, bien conocida de todos nosotros, concluye con esta sentencia: «Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano». Los «discípulos» han de vivir de acuerdo con la misericordia y el perdón que ha mostrado el Señor al perdonarnos nuestra deuda. Quien no lo hace así es un «siervo malvado». Estamos ante la originalidad y novedad de la comunidad de los discípulos del reino de Dios.

El perdón y la misericordia son claves en la comunidad fraterna y eclesial. De otra forma pierde su fuerza evangelizadora, ya que es infiel al ministerio de reconciliación que se le ha confiado. San Pablo recordaba a la comunidad de Corinto:

Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. (2Cor 5, 17-19)

Los roces y conflictos en la comunidad, en los equipos, existirán siempre. La gran cuestión es cómo cómo vivirlos. La misericordia del Señor nos ofrece a todos una nueva oportunidad para avanzar en la libertad. Consciente de ello, somos bienaventurados, si también nosotros lo hacemos con nuestros hermanos. Así seremos signos e instrumentos de reconciliación en el mundo y en la Iglesia, de la llegada del reino de Dios.

2.- La misericordia y la edificación de la sociedad

El carisma de la secularidad consagrada no puede perder de vista la plena realización del reino de Dios en la historia. Por ello misión suya es contribuir para que la sociedad humana se organice y desarrolle de acuerdo con el designio de Dios creador y salvador. Dios ama el mundo y en su misericordia le ofrece incesantemente una nueva oportunidad. No es el cúmulo de leyes lo que salvará a nuestra sociedad, sino el amor, fuente de justicia y misericordia, del perdón que justifica y recrea. Cuanto más misericordiosos seamos los hombres, menos leyes serán necesarias. Este es un punto muy importante, para cultivar convenientemente el carisma que el Espíritu nos ha regalado, para ser signo e instrumento del reino de Dios en la historia, para transformar el mundo y sus estructuras desde dentro.

Ante la antropología jurídica y autista, que prevalece en la cultura de nuestro tiempo, marcada por ciertas corrientes del pensamiento psicológico y sociológico, es preciso implicarse en el desarrollo de una antropología del amor y la alteridad, del «nosotros» y no tanto del «yo», de la misericordia y el perdón frente «al peso de la ley». Las leyes suelen responder, por otra parte, a los intereses de quienes detectan la fuerza y el poder en la sociedad. En la dinámica de los derechos y obligaciones, los listos y los fuertes tienden a imponerse. El que lucha por acoger, cultivar y desarrollar del reino de Dios, que se hizo presente en el Verbo encarnado, sabe avanzar con entrañas de misericordia, las propias del corazón animado por el amor. No lo hace de forma ingenua, pues sabe que el perdón y la corrección fraterna son inseparables. No lo hace como juez, pues el Señor del campo le pide paciencia. El trigo y la cizaña crecerán juntos hasta el final de los tiempos. Pero el misericordioso, animado por la misericordia divina, cree y espera que «los ciudadanos del reino», que es la buena semilla, triunfarán. «Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga». (cf. Mt 13, 24-30.36-43) La bienaventuranza de los misericordiosos, por tanto, se enraíza en la inteligencia y vivencia del amor divino, en su paciencia y misericordia. Es nuestra fuerza para transfigurar el mundo.

3.- Educarnos y educar para la misericordia y el perdón

En la misericordia vivida por el Hijo enviado por el Padre, confluyen la compasión, la verdad, la ternura y la llamada a la conversión. Tal es el corazón compasivo y fiel de Cristo. En su contemplación estamos llamados a educarnos y educar. Contemplemos un momento la escena de Jesús y la adúltera, inserta en el capítulo ocho del evangelio según san Juan.

Jesús enseña en el templo. Los escribas y fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio. Y estos, para comprometerlo y acusarlo, le preguntan si está de acuerdo o no con la ley. Jesús responde: el que esté sin pecado tire la primera piedra. Y todos se escabulleron empezando por los viejos. Así se quedan solos Jesús y la mujer. San Agustín comenta: «RELICTI SUNT DUO, MISERA ET MISERICORDIA (MISEREROR-CORDIS)». «Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más». Saquemos algunas conclusiones de este dialogo entre Jesús y la mujer, pues en él se nos dan las claves de una verdadera educación en la misericordia divina, que estamos llamados a testimoniar en el mundo.

Frente al corazón endurecido de quien actúa simplemente desde la ley, Jesús nos enseña a actuar de acuerdo con un verdadero corazón misericordioso. Dios es infinita y eternamente misericordioso y así lo revela plenamente en su Hijo. Es el tiempo de la gracia. La misericordia divina, a diferencia de la aplicación de una ley sin entrañas, no condena. Ofrece un año de gracia. (Hablo del pecado y no tanto del delito del que se ha de defender la sociedad con los medios apropiados)

Jesús tampoco excusa a la mujer. La salva de los que se sitúan como sus jueces en nombre de la ley, pero la invita a la conversión. Jesús ni actúa como los leguleyos ni como los que tratan de exculpar del pecado. El Santo de Dios dice: «Tampoco yo te condeno». El que podía actuar como juez, perdona, para que el pecador inicie un nuevo camino de vida. Él fue enviado al mundo para proclamar la misericordia, para ser «heraldo» de la misericordia divina, del corazón amoroso y misericordioso del Padre.

Jesús despide a la pecadora con estas palabras: «Anda, y en adelante no peques más». La gracia y misericordia de Dios le son dada a la pecadora, para que en el futuro evite el pecado. Jesús ha venido para dar testimonio de la verdad. Él ha venido para liberar al pecador del poder del pecado y darle una nueva oportunidad. Jesús nos educa para que nos pongamos de nuevo en camino y seamos libres del poder del pecado. Nosotros, por tanto, estamos también llamados a educar en este camino maravilloso. No cortemos la higuera, cultivémosla para darle una nueva oportunidad y produzca fruto bueno y abundante. Proclamemos el evangelio, un año de gracia a los pobres y pecadores.

Aprendamos de Jesús a ser misericordiosos y seremos bienaventurados. Él acoge, perdona, pone en camino e invita a no pecar. Él es la luz del mundo. La verdad que nos hace libres. Así, a continuación de la escena que acabo de comentar, escuchamos a Jesús que proclama: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». «Si

permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres». «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres». (8, 12.31.35s) El eco de estas palabras de Jesús resuena en la carta a los gálatas: «Para la libertad nos ha liberado Cristo... La fe actúa en el amor... Hermanos, habéis sido llamados a la libertad... El fruto del Espíritu es: amor... Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu». (Gal 5, 1-25)

En conclusión, bien podemos decir que somos bienaventurados en la medida que conocemos y vivimos la misericordia en nuestra misera, en nuestra condición de pobres pecadores. Con plena confianza escuchemos al Papa san León Magno:

«La misericordia quiere que seas misericordioso, la justicia desea que seas justo, pues el Creador quiere verse reflejado en su criatura, y Dios quiere ver reproducida su imagen en el espejo del corazón humano, mediante la imitación que tú realizas de las obras divinas. No quedará frustrada la fe de los que así obran, tus deseos llegarán a ser realidad, y gozarás eternamente de aquello que es el objeto de tu amor». (Del sermón sobre las bienaventuranzas)